

MIRA DE AMESCUA, ANTONIO (1574-1644)

AMOR, INGENIO Y MUJER

Personas que hablan en ella:

El REY de Sicilia
Don ENRIQUE de Aragón
El MARQUÉS
POMPEYO, mayordomo
CASTAÑO, lacayo gracioso
FABIO, criado del Marqués
DOMICIO, viejo gracioso
La INFANTA Matilde
La DUQUESA Serafina de Montehermoso
CRIADOS
Dos MÉDICOS

ACTO PRIMERO

Salen el REY, POMPEYO el mayordomo, y CRIADOS

POMPEYO:
Sólo a vuestra majestad
se aguarda.

REY:
Pues, ¿ya ha llegado
el cardenal?

POMPEYO:
Ya ha dejado,
con su rara autoridad,
muda la Envidia. A su ejemplo,
los grandes del reino todos
hacen por diversos modos
esfera del sol el templo.
Y en Sicilia, que está ufana
con Carlos, a ver juralle,

cabe un sol en cada calle
y un cielo en cada ventana,
por donde las damas bellas
ostentando su alegría,
se muestran, cual a porfía,
en la noche las estrellas.

REY:
¿Viene el Príncipe?

POMPEYO:
Ya acaba
de vestirse.

CRIADO 1:
Incomparable
es su hermosura.

POMPEYO:
Admirable
su belleza.

CRIADO 2:
No imitaba
la regia severidad
Augusto con tal valor.

POMPEYO:
Él es natural señor
del reino y la voluntad.

Sale el príncipe, que es la INFANTA Matilde,
bien aderezado, con capa y gorra

INFANTA:
El perdón de haber tardado
me dé vuestra majestad.

REY:
Merécelo tu humildad.
Si en algo hubieras errado,
tiempo hay bastante; y primero
a solas te quiero hablar.

INFANTA:
Haced luego despejar

la sala; obediente espero.

Vanse los CRIADOS

REY:

Ya tendrá clara noticia
de aquella ley tan tirana
que tuvo en Roma principio,
dándole por nombre salia.
Ley que a las hembras prohíbe
heredar, y que se guarda
con inviolable costumbre
en Sicilia como en Francia.
¡Dura ley! ¡Pluguiera al cielo
que de sus duras palabras
salieran llamas veloces
que a su inventor abrasaran!
Pues no desmerecen, no,
las valerosas hazañas
de las mujeres famosas
que las historias alaban.
El bárbaro no advertía
que varias historias hablan
de mujeres valerosas
por las letras y las armas,
para no agraviar así
cuántas en valor igualan
a las pasadas ilustres
mujeres. Si fue venganza,
bien lo ha mostrado su efecto,
que tanto su ser agravia.
Yo, pues, temiendo si acaso,
viendo tu madre preñada,
pariese hija que diese
fin al reinar a mi casa;
porque siendo así, venían
a este reino y le heredaban
los hijos de un mi enemigo,
que quiso por acechanzas
darme la muerte un mi hermano,
que huyendo de mi venganza
salió de Italia, previne,
según el caso importaba,
escribanos y matronas
que diesen fe, pero falsa,
si importante. Llegó el día

en que viste al sol la cara;
murió tu madre del parto;
partió a la región más alta.
Críete con el cuidado
que al grave caso importaba,
encomendado a la industria
vencer la suerte contraria.
Los que sabían del caso
ya todos del mundo faltan,
y sólo en los dos consiste
del secreto la importancia.
Tan varonil te he criado
que en tus acciones se engaña
la propia naturaleza.
Hoy, pues que el reino te aguarda
para jurarte, he querido
saber si Amor, que a las plantas,
a las aves y animales
rinde a su púrpura y nácar,
obligando con su fuego,
a ti te provoca y llama
al nombre de madre, y quieres
serlo. Aquí me desengaña
porque yo lo diga al reino,
que convocado te aguarda,
y trate tu casamiento
en Italia o en España.
Y si por el cetro olvidas
tu ser, imitando a tantas
que en más extraña clausura
y por menos esperanzas
viven, podrás, imitando
la Semíramis bizarra,
dar leyes a aqueste reino
y dar contento a estas canas.
¿Qué me respondes?

INFANTA:

Señor,
que si por ley heredaran
hembras tu reino y que fuera
preciso que yo mostrara
serlo, el ser reina perdiera
por encubrir esta falta;
porque si aquella opinión
de los filósofos de Asia,

que dicen que en otros cuerpos
suelen mudarse las almas,
fuera católica y firme,
justamente blasonara
que el alma del griego Aquiles
mi experiencia gobernaba.

REY:

¿Qué más pudiera escuchar
si en Macedonia aguardara
esta respuesta Filipo
de su Alejandro? Descansa
en mis brazos, hija mía.

INFANTA:

Aun con los ecos me infamas;
olvida, señor, tal nombre,
si mi obediencia te agrada.

REY:

Mira si estimo tu brío,
pues que sirvas a las damas
te aconsejo.

INFANTA:

Desde hoy,
otra Venus más gallarda,
sirvo a la hermosa duquesa
de Montehermoso.

REY:

Bien andas.

Sale un CRIADO

CRIADO:

Ya está todo apercebido.

REY:

Ven, príncipe.

INFANTA:

Vamos.

CRIADO:

¡Plaza!

Vanse y salen ENRIQUE, galán,
Y CASTAÑO su criado

CASTAÑO:

Pienso que hemos de morir
en Sicilia desterrados,
de dos diluvios cercados
para no poder salir.

ENRIQUE:

Cércale el mar con espumas
y las montañas con fuego.

CASTAÑO:

Que nos volvamos te ruego;
que no es razón que presumas
del rey de Aragón, tu tío,
que ha de durar el enojo.

ENRIQUE:

Por medio el vivir escojo
aquí.

CASTAÑO:

Gentil desvarío.
¿Dónde comen macarrones
quieres vivir?

ENRIQUE:

Fuerza es,
pues procede como ves
de tan justas ocasiones.
Yo soy segundo en mi casa
y tan pobre caballero,
que en vano de España espero
más favor.

CASTAÑO:

Anduvo escasa
contigo, que yo también
soy de mi casa el noveno.

ENRIQUE:

De mi casa me enajeno
para buscar mayor bien.

Entre todos mis criados,
por prudente y por leal,
hice de ti más caudal
para fiar mis cuidados;
y pues está obligado,
agora mi intento advierte.

CASTAÑO:

Cualquier fortuna divierte
un ingenioso criado.
(No se entienda que lo digo Aparte
por mí).

ENRIQUE:

Pues, oye mi intento.

CASTAÑO:

Sombra de tu movimiento
he de ser.

ENRIQUE:

Castaño, amigo,
ya sabes que me hospedó
en Nápoles con afable
término el gran condestable,
y la condesa me dió
cartas para la duquesa,
su prima, en quien he hallado
tal favor.

CASTAÑO:

Gentil bocado,
si no hubiera ley expresa
de que no hereden mujeres
en Sicilia.

ENRIQUE:

Sin que herede
a su hermano, hacerme puede
dichoso.

CASTAÑO:

Di lo que quieres.

ENRIQUE:

Tiene de por sí un estado

rico y, cual ves, pobre soy,
y sé que a sus ojos doy
un apacible cuidado.

CASTAÑO:

Pues sigue, señor, la empresa.
Pues te llama la Ocasión
a tan dulce pretensión,
solicita a la duquesa;
que ya reviento por verme
en Italia señoría,
que aunque es común cortesía,
podré del "vos" defenderme.

ENRIQUE:

Como te digo, me estima,
y con pecho nada ingrato
me pidió ayer un retrato,
con que mi esperanza anima;
pero no sé de qué suerte
podrá a sus manos llegar.

CASTAÑO:

¿Qué? ¿Te atreves a dudar
de aqueste ingenioso? Advierte.
Su hermano, el duqueso, está
enfermo, mas es cansera.
Dame el retrato y espera
en la calle. Muestra acá
esos guantes. ¿No hay visita
de médicos?

ENRIQUE:

Ya han entrado.

CASTAÑO:

Pues médico soy, que el grado,
cualquiera lo solicita
por dinero; en conclusión
todo médico me infundo
que tendrá en el otro mundo
su lugar junto a Lerón.
Y de su impiedad lo infiero
pues, obediente a su voz,
viene el verdugo feroz
con la capa del barbero,

y sin moverse a piedad
de la dueña resfriada,
le da cinta colorada,
símbolo de la crueldad.
¡Oh, mal nacido Interés!
¡Lo que puedes ambicioso!

ENRIQUE:
Pero mira, que hay celoso
competidor.

CASTAÑO:
¿Y quién es?

ENRIQUE:
El marqués.

CASTAÑO:
Aunque murmure,
Yo me atrevo a asegurar
que ha de venir a enfermar
sólo porque yo le cure.
Vete. Aguarda donde digo;
que aquí sale un pajezuelo.

ENRIQUE:
Déte su favor el cielo.

Vase ENRIQUE

CASTAÑO:
¿Cómo en un campo enemigo,
sin que puedan agotallos,
hay médicos Sacripantes
que matan dos mil infantes
y cuarenta mil caballos?
¿Pero cómo puede ser,
que habiendo caballería,
le toque a la infantería?
Mas, ¿Quién ha de echar de ver
que en la batalla trabada
de albítares y doctores
vienen a ser los mejores
los que no curan de nada?

Sale DOMICIO, vejete

DOMICIO:
(Que éste es médico barrunto). Aparte

CASTAÑO:
¿Quién son de la junta?

DOMICIO:
Son
el doctor Julio Polión...

CASTAÑO:
Por el número pregunto.

DOMICIO:
Cuatro son.

CASTAÑO:
Pues avisad
que un médico forastero
quiere ver al duque.

DOMICIO:
Espero
que os pagarán la amistad.
Su hermana, que al sol alegre,
sale y la podéis hablar.

Vase DOMICIO y sale la DUQUESA

CASTAÑO:
(Ya me muerdo por matar. Aparte
¡Oh, quien topara una suegra!)
Señora del alma mía,
¿puedote hablar?

DUQUESA:
Sí, Castaño.

CASTAÑO:
Menos que con este engaño,
que la sospecha desvía,
fuera imposible el hablarte;
que éste es el vero retrato
de aquél que, a su patria ingrato,
vive sólo de adorarte.

Médico soy contrahecho;
guárdese el que me creyere.

DUQUESA:
Mientras el Duque estuviere
mal, será de provecho
la industria.

CASTAÑO:
Si importa así,
deja que una vez le cure,
para que el engaño dure
un siglo.

DUQUESA:
Dichosa fui
en ver lograda mi fe
en tu ingenio y tu señor.

CASTAÑO:
Esclavo de este favor
soy; dime, ¿qué le diré
a Enrique?

DUQUESA:
Que me ha enviado
prenda tal, que me contenta,
y que corre por mi cuenta
agradecer su cuidado;
y que esta tarde me vea
porque tengo que tratar
con él.

CASTAÑO:
¿Cómo te ha de hablar?

DUQUESA:
Con aquesta carta sea,
que de mi prima he tenido,
y dirá vino en su pliego.

CASTAÑO:
(¡Por Dios, que es diestra en el juego! Aparte
¡Bien el caso ha prevenido!)

DUQUESA:

Pues, vete, porque no demos
en casa que sospechar.

CASTAÑO: Primero he de visitar
al Duque; no nos fiemos
de los que le están curando,
que nos le podrán matar.

DUQUESA:
¿Atreveráste a curar?

CASTAÑO:
Muy presto.

DUQUESA:
¿Cómo?

CASTAÑO: Matando.

Vase CASTAÑO y queda la DUQUESA. Sale
DOMICIO, vejete, muy alborotado

DOMICIO:
Señora, la novedad
encarezco, no el suceso.

DUQUESA:
¿Qué queréis decir en eso?

DOMICIO:
Si importa la brevedad,
yo lo diré, que me precio
de compendioso.

DUQUESA:
Dejad
las arengas y abreviad;
que dais de prolijo en necio.
Decid a lo que venís.

DOMICIO:
Pues, ¿es buñuelo?

DUQUESA:
Es la muerte.

DOMICIO:

El príncipe viene a verte.

DUQUESA:

¿De ese modo lo decís?

DOMICIO:

Pues, si me doy a entender,
¿es mal modo habl[ar] poesía
que has menester todo un día
para poderlo entender?

DUQUESA:

¿El príncipe? Estoy turbada;
cosa es nueva.

DOMICIO:

Causa tiene
la novedad. Hélo. Viene
el moro por la calzada.

Salen la INFANTA, que es el Príncipe,
POMPEYO y CRIADOS

DUQUESA:

Pues, ¿cómo, señor, el día
en que estáis tan ocupado
y Sicilia os ha jurado
honráis la memoria mía?
Si lo hacéis por imitar
los césares que triunfaban,
que con prudencia buscaban
ocasión con que templar
su gloria, imitando aquí
su estilo...

INFANTA:

El de Roma quiero
saber, duquesa, primero,
para saber si es así.

DUQUESA:

Entre diversas naciones,
entre arneses abollados
de los bárbaros soldados,...

DOMICIO:

Y entre sangrientos pendones,...

DUQUESA:

¿Quién os mete en eso a vos?

DOMICIO:

Sé mi poquito de historia.

DUQUESA:

¿De eso tenéis vanagloria?

DOMICIO:

Mejor salud me dé Dios.

DUQUESA:

Entre el imperial decoro
y el aplauso popular,
saliendo el triunfo a gozar
en carros de perlas y oro,
que así a su lado llevaba,
virtud moral parecía,
quien a voces repetía
las faltas de quien triunfaba;
porque si acaso cobrase
con el triunfo presunción,
tuviese luego ocasión
con que la gloria templase.

INFANTA:

Con fin diferente vengo,
duquesa, si bien se advierte;
pues en la gloria de verte
librado mi triunfo tengo.
Y para tener en él
seguro el honor que gano,
vengo a que de vuestra mano
me adorne el verde laurel.
Decid que nos dejen solos.

DOMICIO:

¿Y cerraré las ventanas?

INFANTA:

Si en belleza son Dianas,
serán en la luz Apolos,
y será bien los veamos

a su mismo resplandor.

DOMICIO:

(El trae nublados de amor. Aparte
Verálos un lince). Vamos.

Vanse [DOMICIO y POMPEYO]

INFANTA:

Duquesa, el atrevimiento
victorias de amor adquiere,
que vemos que Amor se muere
en su mismo alojamiento.
Ni terceros ni papeles
pide mi intento amoroso,
que en su efecto riguroso
serán, por tibios, crüeles.
Vos sois divino sujeto
de mi amor, y no penséis
que en la libertad que veis
os he perdido el respeto;
que así a decirlo me obligo
y es fuerza que lo sepáis.
Mejor es que lo entendáis
siendo Amor solo testigo.

DUQUESA:

Agradecida al favor
quedo de vuestro cuidado,
aunque habérmelo callado
hubiera sido mejor;
que en mí tal estado alcanza,
no obstante que sois mi rey,
que el parentesco y la ley,
acorta vuestra esperanza;
y así os quiero suplicar
tiréis la rienda al deseo,
que os entrega por trofeo
a quien no os puede premiar.

INFANTA:

Tan resuelto llego a veros,
que miro en vuestro rigor
que nace de ajeno amor,
duquesa, no enterneceros.

DUQUESA:
Injustamente culpáis
cumplir con mi obligación.

INFANTA:
Crece mi ardiente pasión
en ver que la desdeñáis.
Y como mi firme amor
en obligaros porfía,
pediros, mi bien, querría
algún honesto favor;
no porque pueda obligaros
a imaginar que me amáis,
sino en señal que me dais
licencia honesta de amaros.

DUQUESA:
Que advirtáis ruego, señor,
lo mal que me puede estar.

INFANTA:
¿Un guante os ha de faltar?

DUQUESA:
Pues, es batalla de honor.

[La INFANTA] vale a tomar la mano y ve el retrato

INFANTA:
¿Retrato, y de hombre, duquesa?
¿Veis como no me engañé?

DUQUESA:
¿Qué importa, si yo no sé
quién es? (¡Oh, cuánto me pesa!) Aparte
Ayer al romano Apeles
le pedí me retratase
y para muestras sacase
retratos de sus pinceles.
Tomé éste de los más bellos,
de una caja de retratos,
para divertir a ratos
el pensamiento con ellos.

INFANTA:
Duquesa, en amor no hay fuerza.

Si el vuestro ha sido trofeo
de las partes que en él veo,
¿quién habrá que su ley tuerza?
Y así sólo me animo
a saber a quién amáis,
para que luego veáis
cuánto le amparo y estimo.
No lo neguéis.

DUQUESA:
Que es forzoso...

INFANTA:
No tenéis por qué dudar;
bien me lo podéis contar.
Decid, que no estoy celoso.

DUQUESA:
Don Enrique de Aragón,
en cuyo apellido
se conoce que sus reyes
dan a su casa principio,
dejó a España con temores
del rey de Aragón, su tío,
porque el valor y nobleza
tienen por premio el castigo.
Llegó a Nápoles, adonde
el condestable, mi tío,
le hospedó, y dándole cartas
para mí, a Sicilia vino.
Diómelas, y de sus ojos
los rayos de fuego vivos,
lisonjeros del deseo,
hicieron guerra a los míos.
Hallé de nuevo cuidado,
mi pensamiento vestido,
y en sus ojos y en su voz,
también vive el suyo escrito.
Ésta ha sido la ocasión,
señor, de haber resistido
tu cuidado, porque él es
el dueño de mi albedrío.
Si es bizarro, ya lo veis;
si valiente, ya os la he dicho;
pero entre todas sus partes
el ser discreto no afirmo,

pues a serlo contradice
estar tan favorecido.

INFANTA:

Por la buena información
que en vos y en su rostro miro,
disculpo nuestro rigor.
Ya a hacerle merced me animo;
que quiero que conozcáis
vos por él lo que os estimo.
Enviádmelo, duquesa,
para que esté en mi servicio.

DUQUESA:

Bésoos los pies, gran señor;
pero pues que ya os he dicho
el dueño, dadme el retrato.

INFANTA:

Quiero ver si es parecido
al dueño; que los pinceles
suelen con mudo artificio
ser, acreditando engaños,
muerta lisonja de vivos.

DUQUESA:

(¡Que necia que hubiera andado Aparte
si le hubiera encarecido
sus partes a otra mujer!)

Sale DOMICIO

DOMICIO:

Un español ha venido
con una carta.

DUQUESA:

Éste es.
Decid que entre.

Sale ENRIQUE

ENRIQUE:

Ésta han traído
en mi pliego para vos.

DUQUESA: En mucho el cuidado estimo.

Llegad a besar la mano
al príncipe.

De rodillas

ENRIQUE:
Estoy corrido,
señor, de no conoceros
cuando a los remotos indios,
de vuestra rara belleza
llegan retratos divinos.

INFANTA:
Alzad.

ENRIQUE:
Permitid que llegue
al suelo, soberbio y rico,
el favor de ser alfombra
de vuestros pies.

INFANTA:
Bien me han dicho
vuestras partes. Levantad.
Decid, ¿qué os ha parecido
de las damas de Sicilia?
¿Pueden ya las que habéis visto
competir con las de España?

ENRIQUE:
Sin lisonjero artificio
respondo, señor, que es tierra
imagen del paraíso
donde hay tales hermosuras.
Las demás del mundo admiro.

INFANTA:
Si las hizo el cielo hermosas
como a vos cortés os hizo,
no dudo que podrán ser
justa admiración del siglo.

Aparte [las dos]

(No finge nada el retrato,
duquesa).

DUQUESA:
(Bien lo acredito).

INFANTA:
Pues, en Sicilia os halláis,
empleaos en mi servicio
y en mi cámara.

ENRIQUE:
A esos pies
los labios humildes rindo;
soy vuestra hechura.

INFANTA:
Advertid
que desde agora sois mío.

DUQUESA:
(Por la merced que me hacéis,
de nuevo el alma os obligo).

INFANTA:
(Buen gusto tenéis, duquesa).

DUQUESA:
(Señor, pues que ya habéis visto
el original, volvedme
el retrato).

INFANTA:
(No es tan tibio,
duquesa, el amor que os tengo
que, si os lo doy, no me obligo
a que, volviéndooslo, hagan
los celos en mí su oficio).

DUQUESA:
(Pues, al dueño os encomiendo).

INFANTA:
(Que le haré merced os digo,
más que vos le deseáis).

ENRIQUE:
(Bien la Fortuna me quiso).

Vanse todos y salen el MARQUÉS y FABIO

FABIO:

¿En qué te puede ofender
el príncipe en visitarla?

MARQUÉS:

¿No es hombre? ¿No puede amarla?
¿No hay qué sentir ni temer?
A no temer abrasada
el alma en mayores celos,
aumentará mis desvelos
esta ocasión no pensada.

FABIO:

¿Quién la puede pretender
con igualdad?

MARQUÉS:

No [me] impida
esa ocasión.

FABIO:

En mi vida
vi tan servida mujer.

MARQUÉS:

Fuerza es que mi amor publique,
pues ella la causa ordena.

FABIO:

Pues, da remedio a tu pena.

MARQUÉS:

Para eso he llamado a Enrique.

FABIO:

Pienso que debes temer
si es él que va a hablalla.

MARQUÉS:

¿Él había de ser? Calla,
necio; aquí lo podrás ver.

Sale ENRIQUE

ENRIQUE:

Estimo, señor marqués,
que de mí queráis serviros.

MARQUÉS:

Antes quiero advertiros
que juzgo a gran interés
saber que en Sicilia estáis;
que estimo que hayáis venido
porque ocasión haya sido
para que de mí os sirváis.
Conoced en mí un amigo,
que tendrá ya por favor
serlo de vuestro valor,
por quien mi suerte bendigo.

ENRIQUE:

Poco pudieran valer
mis partes a estar sin vos.

FABIO:

(Lisonjeros son los dos). Aparte

ENRIQUE:

Pero en lo que puedo ser
de vuestro servicio, espero
que mandándome me honréis,
cierto de que en mí tendréis
un amigo verdadero.

MARQUÉS:

El estar bien informado
de vuestro valor me obliga
a que de mi pecho os diga
el más oculto cuidado,
satisfecho que podéis
empeñar vuestro valor
en los negocios de honor.

ENRIQUE:

Seguro decir podéis.

MARQUÉS:

La duquesa...

ENRIQUE:
¿Qué duquesa?

MARQUÉS:
La hermana del duque Octavio.

ENRIQUE:
(¿Yo soy autor de mi agravio? Aparte
¡Cielos!)

MARQUÉS:
Parece que os pesa
de oír mis penas.

ENRIQUE:
No es eso;
por ser mujer principal
y decir que os paga mal,
que me ha pesado os confieso.

MARQUÉS:
Habla por unos balcones
a un embozado; y si empeño
la vida, he de ver el dueño
de tan locas pretensiones;
que a mi lado vuestra espada,
no temerá mi osadía
los fuegos que exhala y cría
esa montaña abrasada.

ENRIQUE:
Que os serviré, imaginad,
cuando la Ocasión lo pida.

MARQUÉS:
Con el alma agradecida
reconozco esta amistad,
que árabes tesoros son
corto premio a tanta fe.
Cuando importe, avisaré.

Vanse el MARQUÉS y FABIO

ENRIQUE:
¿Hay más grande confusión?
El lance de amor prevengo

más arduo de imaginar,
pues he venido a ayudar
al competidor que tengo;
y que haya tan ciego abismo
que el más lince no lo entiende,
pues que contra mí pretende
hallar favor en mí mismo;
y en iguales desvaríos,
aumentando mis desvelos,
iré confuso en sus celos,
y él irá ciego en los míos.

Vase y salen el REY, la INFANTA y el MARQUÉS

REY:

Hijo Carlos, ¿cómo vienes
de tanto gusto tan triste?
Alegre y bueno saliste.
¿De qué tal tristeza tienes?
Si sabes que son dos vidas
las que padecen agravios,
mueve, príncipe, los labios
para que remedio pidas;
que de tu mudo callar
y la pena de tus ojos,
creo que por darme enojos
no quieres, príncipe, hablar.

INFANTA:

No sé mi mal os prometo;
pero si digo verdad,
conozco en la soledad
menos dañoso el efeto.

MARQUÉS:

¿Y podrá causarte enfado
un acordado instrumento,
blanda lisonja del viento?

INFANTA:

Mucho, aunque venga templado,
y aun húrtese el armonía
entre compases diversos
a los dulcísimos versos
que Mantua escuchó algún día.

MARQUÉS:
Siéntate.

INFANTA:
No me consueles.

MARQUÉS:
Medicina sea a tu mal
este rompido cristal
que va animando claveles.
Mira aqúeste margen frío
donde salen rosas juntas,
al sol coronando en puntas,
para volver el rocío.
Mira entre flores y peñas...

INFANTA:
Marqués, basta, que ya infiero
que soy huésped extranjero
a quien el jardín enseñas.
Del dueño has de presumir,
cuando te llegue a escuchar,
licencia para admirar
pero no para advertir.
¿Tú piensas que puede haber
en término tan sucinto,
flor en algún laberinto
que se me pueda esconder?
Pues, ¿por qué en discurso varios
me pintas flores y peñas?
Que lisonjero te enseñas,
o te precias de herbolario.
Soledad busca mi pena;
vete.

MARQUÉS:
¡Gran melancolía!

REY:
Pues de su mal la porfía
las potencias le enajena,
vengan médicos que vean
al príncipe; su remedio
traten, aplicando un medio.

INFANTA:

Los que mi salud desean,
sé que han de ignorar mi mal
y aplicar remedios vanos,
que no vieron los humanos
jamás otro mal igual;
mas si vos de eso gustáis,
vengan médicos, señor.

MARQUÉS:

Con opinión del mejor,
que es bien que le conozcáis,
cura un médico español
al duque de Montehermoso,
por sus letras más famoso
que por su eclíptica el sol.

REY:

Pues, vámoslos a buscar,
porque de su salud traten

Vanse los dos

INFANTA:

¡Qué de penas me combaten!
Cielos, ¿en qué han de parar?
¿Qué es esto, Fortuna mía?
¿Dónde me llevas así
con tan loco frenesí
que de mi ser me desvía?
No me acabe tu porfía
en tan confuso penar;
da a mi remedio lugar
y pues que nunca estás queda,
dame lugar en tu rueda
por tener qué derribar.
¿Qué mal no podrá tener
quien de [t]í su bien espera?
Si así te mueve ligera
un niño y una mujer,
¡ay de mí!, que vengo a ser
en el sufrir sin hablar...
¡Fuera! Mas bien es penar
y que tienen advertir,
mudar, razón de sufrir,
y yo, razón de callar.

Salen el REY, el MARQUÉS, CASTAÑO, de
médico, y otros dos MÉDICOS y ENRIQUE

REY:

Príncipe, en humanos medios
libra el cielo la salud,
y es cuerda solicitud
valerse de sus remedios.
Los médicos alcanzaron,
llenos de docta experiencia,
los provechos de esta ciencia.

INFANTA:

Dices bien. Los que estudiaron...

Aparte [los dos]

ENRIQUE:

(¿Hay suceso semejante?
Bárbaro, ¿en qué me has metido?)

CASTAÑO:

(¿Qué he de hacer, si me han traído?)

ENRIQUE:

(Si eres un bruto ignorante,
¿qué respuestas puedes dar
con que tu engaño autorices?)

CASTAÑO:

(Pues, si por eso lo dices,
muy pocos saben curar).

ENRIQUE:

(Si al primer intento mío,
pudiste ser de provecho,
ahora en mayor estrecho
de remedio desconfío).

Los MÉDICOS dicen aparte

MÉDICO 1:

(Agora es bien que mostremos
nuestro cuidado en saber
su mal.)

MÉDICO 2:

(Darálo a entender,
si él calla, el pulso.)

MÉDICO 1:

(Lleguemos.)

¿Qué siente su alteza? ¿Tiene
su estómago alborotado
de alguna cosa?

INFANTA:

(¡Qué enfado Aparte
este necio a darme viene!)

MÉDICO 1:

¿Ha tenido algún disgusto?

INFANTA:

Nada siento.

MÉDICO 2:

Pues, veamos
el pulso.

CASTAÑO:

Siempre curamos
los españoles al gusto
del enfermo.

MÉDICO 2:

No hay señal
de fiebre.

CASTAÑO:

La curación
es difícil. El pulmón
tiene extrañez. Tiene igual
todo vital nutrimento.

MARQUÉS:

¡Es notable su agudeza!

CASTAÑO:

Déme el pulso, vuestra alteza.
Sí, ha habido algún corrimiento
de humor vaporoso. Tiene

lánguida sofocación.

Dice el un MÉDICO [aparte] al otro

MÉDICO 1:

¿Éstos, los médicos son
de España?

CASTAÑO:

Templar conviene
las médulas. ¿Hay orina?
Mas no será menester.
Aquí es menester hacer
consulta la medicina;
retirémonos allí.

Retírase con los MÉDICOS y dicen
aparte

Señores, ¿qué les parece?

MÉDICO 1:

Por lo que el pulso me ofrece
y las señales que vi,
su enfermedad se compone
de ojo maligno, y es llano
según lo escribe Eliano,
libro de Fascinacione;
y esto se deja inferir
por ser tanta la hermosura
del príncipe.

MÉDICO 2:

Gran locura
es quererme persuadir
que sea ojo, que Avicena,
si tales señales veía,
daba por melancolía
aquel mal; que aquella pena
tan profunda está fundada
en abundancia de humor.
¿Qué dice el señor doctor?

CASTAÑO:

Que entrambos no dicen nada.
Vos nescitis quid petatis.

Este mal se llama en griego
cacatritutos, y es ciego
quien no lo ve.

MÉDICO 1:

Satis, satis.

Doctor, la consulta espere,
pero no se ha de alegar
más en griego.

CASTAÑO:

Yo he de hablar
en lo que mi Dios quisiere;
y hablaré sin ceremonia
turco, armenio y persa yo,
y en cuantas lenguas oyó
la torre de Babilonia
porque los buenos doctores
algo han de saber en griego
[.....]
por ser lengua de aguadores
y lacayos.

MÉDICO 2:

Yo me rijo
en esto por Avicena.

CASTAÑO:

Ave como o ave cena,
no supo lo que se dijo.

MÉDICO 1:

La misma opinión verás
en Hipócrates divino.

CASTAÑO:

Confieso que bebo vino,
pero n[o] vino hipocrás.

MÉDICO 2:

Diga autoridad alguna.

CASTAÑO:

Gatatumba lo afirmó,
que es un autor que escribió
sobre la sarna perruna

cien libros; y Galfarrones,
autor que en España vive.

MÉDICO 1:
¿De qué enfermedad escribe?

CASTAÑO:
De la tos y sabañones.
Y acredita la opinión
de los autores que alego,
que está su doctrina en griego.
¡Aprended, ignorantón!

MÉDICO 1:
Vuestra merced ha alegado
autores sin opinión.

CASTAÑO:
Físicos modernos son.

MARQUÉS:
A los dos ha barajado.
Mire vuestra majestad
si sabe.

REY:
De la consulta
aguardo lo que resulta.

MARQUÉS:
Tiene gran profundidad.

[A los MÉDICOS]

El rey la consulta espera.

MÉDICO 1:
¿Vuesamerced se conforme
con mi opinión?

MÉDICO 2:
Pues, informe
al rey.

CASTAÑO:
¡Qué gentil zorrera!

MÉDICO 1:

Señor, el príncipe está
aojado, que su belleza
da la ocasión.

INFANTA:

(¡Qué simpleza!) Aparte

REY:

Pues, ¿qué remedio tendrá
su mal?

MÉDICO 1:

Fácil y seguro:
tome, si agora se alienta,
sahumerios.

CASTAÑO:

No por mi cuenta,
médico silvestre y duro.
¿Dijera más un barbero
ni una comadre? Señor,
la enfermedad es mayor,
y este remedio es grosero.

[Aparte los dos]

ENRIQUE:

(Bárbaro, ¿qué es lo que intentas?
¿Quieres ponerme a peligro
de la vida?)

CASTAÑO:

(¿Y no es mayor
el de los dos mediquillos?
Déjame y verás milagros.)
Licencia para hablar pido
al príncipe a solas.

REY:

Llega.

Llégase a la INFANTA

CASTAÑO:

Por las señales que he visto
en tu rostro y la inquietud
de tu pulso...

INFANTA:
Habla.

CASTAÑO:
Digo
que es tu enfermedad amor,
o yo quemaré mis libros
aunque he de quemar muy pocos.
(Seguramente me han dicho Aparte
su mal porque a la duquesa
miraba tan a lo niño,
que le descubriera el fuego
cualquier doctor invernizo).

INFANTA:
No puedo negar que aciertas,
porque amor la causa ha sido,
que el pensamiento atormenta
y que turba mis sentidos;
mas, ¿qué remedio tendrá
cuando a un imposible aspiro?

CASTAÑO:
¿Cómo imposible, señor?
¿Adoras algún prodigio?
¿No es mujer? Dile tu pena.
Si hay galanes, si hay maridos,
hazlos ahorcar a todos,
que amor no tiene delitos.
Habla al dueño. Di tu pena
a estas fuentes, a estos lirios.

INFANTA:
(Ojos, ya lo estáis mirando, Aparte
mas no lo digáis os pido).

CASTAÑO:
En los negocios de amor,
en cuñados y sobrinos,
suele cometer un gato
siete u ocho gatifinios.

INFANTA:

Tu remedio es importante,
y en fe de lo que le estimo
y me ha aprovechado, toma
esta cadena.

CASTAÑO:

Reclino
en tu cordobán mis labios.

Dice un MÉDICO al otro

MÉDICO 2:

¿Qué vano embuste le dijo
este español que le premia?

MÉDICO 1:

¿Agora veis que en el siglo
se premian los embusteros?
Vanamente hemos perdido
el tiempo en estudios vanos,
que ya mercedes y oficios
huyen virtudes y letras
como si fueran delitos.

Vanse [los dos]

REY:

Grande hombre es el español,
pues tan diferente miro
al príncipe.

INFANTA:

¿Oyes, Enrique?
Esta tarde determino
ir a ver a la duquesa,
y para que vais conmigo,
os prevengo.

MARQUÉS:

Mejor fuera
te dieras al ejercicio
de la caza en esos sotos.

INFANTA:

Dueño soy de mi albedrío,

marqués.

MARQUÉS:

(Yo me abraso en celos). Aparte

REY:

Príncipe, ven.

Vanse entrando

ENRIQUE:

¿Qué le has dicho
que quiere ver la duquesa?

CASTAÑO:

Pues, ¿faltará otro aforismo
para quitarle el amor?
Los doctores tan peritos
como yo con un remedio
hacemos cuatro caminos;
que, como damos a bulto
las recetas, nos servimos
para cámaras, y pujo
siempre de un récipe mismo.

ACTO SEGUNDO

Salen CASTAÑO y DOMICIO

CASTAÑO:

Avisad a la duquesa
que estoy aquí y que le traigo
ciertas píldoras.

DOMICIO:

Ya caigo
en quién es.

CASTAÑO:

Pues, daos prisa.

DOMICIO:

(¡Vive Dios, que he de gozar Aparte

la ocasión de hallar aquí,
médico de balde!) Oíd.

CASTAÑO:
¿Qué me queréis preguntar?

DOMICIO:
Los médicos de esta tierra
no los entiendo.

CASTAÑO:
Ni yo.

DOMICIO:
¡Bien haya quien lo parió!

CASTAÑO:
Por poco estudio se yerra.

DOMICIO:
De todos oigo contar
lo mismo, sino de vos.
Esto de "estaba de Dios"
los hace no reparar
en mil hombres más o menos.

CASTAÑO:
Si el pueblo se satisface
con decir que Dios lo hace.
los que matan son los buenos;
y con mataros a vos,
entre los demás dolientes,
son ministros obedientes
a la voluntad de Dios.

DOMICIO:
Si de esto adquieren los hombres,
mejor es que no curasen.

CASTAÑO:
Si los médicos faltasen,
¿dónde cupieran los hombres?
Y así es razón que te cuente
su vida en sucesos varios.
Hay médicos comisarios
que van matando a la gente...

DOMICIO:

Bien la experiencia lo muestra;
pues con haberme curado,
como miras, me han dejado
a pique de dar la muestra.
Gasto las noches, señor,
en toser y en escupir,
sin descansar ni dormir.

CASTAÑO:

Será falta de calor
o, ¿os han dado algún bocado?

DOMICIO:

¿Bocado?

CASTAÑO:

Pues, ¿por qué no?

DOMICIO:

Si soy un pobre hombre yo...

CASTAÑO:

¿No habéis sido enamorado
algún tiempo? ¿Con qué engaños
se vive?

DOMICIO:

Señor, sí he sido;
mas fue en mi tiempo florido.

CASTAÑO:

¿Cuántos habrá?

DOMICIO:

Sus treinta años.

CASTAÑO:

¿Treinta años habrá?

DOMICIO:

¡Y bien hechos!

CASTAÑO:

¿Y diréis que no es bocado?

¿No os sentís menoscabado,
flaco de muslos y pechos?
Veneno es, según lo escribe...
Muchos hay que lo escribieron,
pero fue el que a vos os dieron
en polvos de bronce, y vive
hasta la putrefacción
del cuerpo con calidades
de vanas enfermedades.
El que se da en almidón
encubre más la cautela
y viene más disfrazado.
Decidme, ¿habéis os sacado
en verano una muela?

DOMICIO:

Yo no sé en qué tiempo fueron;
mas sé que todas volaron.

CASTAÑO:

Hermano, a matar tiraron.
Entonces no conocieron
el mal; mas creed, amigo,
que según lo que decís,
la enfermedad que sentís
es bocado como digo.

DOMICIO:

Una mala hembra fue,
de celos de un buñolero.
Señor, el remedio espero
en vuestras manos.

CASTAÑO:

Sí, haré.
Tome aceite de cangrejos
y polvo de alcamonías,
y úntase cuarenta días
lo que quisiere.

DOMICIO:

¡Consejos
divinos!

CASTAÑO:

Por las mañanas

ande en camino dos horas,
tome jarabe de moras
y cáscaras de avellanas
molidas, y eche también
piedra pómej y una drama
de jaspe armenio.

DOMICIO:
¡Qué fama
adquiere! ¿Dios le haga bien!
Váseme hinchando también
el vientre.

CASTAÑO:
A eso llamamos
potra.

DOMICIO:
¡Aviados estamos!
¡Otra!

CASTAÑO:
Pues, tíñase [bien].

DOMICIO:
Pues, ¿qué tiene que hacer
la potra con el teñirse?

CASTAÑO:
¿Qué? ¿No quiere reducirse?
Mire, cuantos llega a ver
que se tiñen son potrosos,
y como es mal de la edad,
encubren la enfermedad
con remedios tan tiñosos.

DOMICIO:
¿Y para cierta dolencia
allá en la postrera vía?

CASTAÑO:
Cuatro onzas de alejandría
y dos de la quinta esencia
de ruibarbo.

DOMICIO:

Tengo flaca
memoria. ¿Cómo decía?

CASTAÑO:
Ruibarbo y alejandría.

DOMICIO:
Si con esto se me aplaca
el mal, a buen punto llego.

Vase DOMICIO y sale la DUQUESA

DUQUESA:
Doctor, seáis bien venido.

CASTAÑO:
Esta respuesta he traído
de mi señor; que hay gran fuego.
Toda esta noche ha gastado
en gemir y suspirar.

DUQUESA:
Pues, ¿quién lo puede causar?

CASTAÑO:
Lee, y sabrás su cuidado.

Lee

DUQUESA:
"El príncipe, mi señor,
--perdonad si os causo enojos--
se partió de vuestros ojos
con accidentes de amor;
porque la mucha tristeza
que ausentándose mostró,
bastantes señales dio
de la pasión de su alteza;
y así habrá de ser forzoso,
si es que de servirle trato,
o que yo os olvide ingrato
o que me pierda celoso".
De entendimiento carece,
y su propio ser ignora,
la mujer que se enamora
de hombre que mujer parece.

CASTAÑO:

La mujer discreta y bella
brío robusto procura,
que la que busca hermosura
pretenderá una doncella.

Vase CASTAÑO y salen ENRIQUE y la INFANTA

INFANTA:

Viniéndoos a ver, duquesa
cuando el alma se me abrasa,
que ha nacido en vuestra casa
muda mi inquietud confiesa;
y es tal mi amoroso engaño,
que sin poderlo estorbar,
no descansa sin tornar
a donde recibió el daño.

DUQUESA:

Viendo, señor, que no ordena
mi deseo que penéis,
diré que con vos traéis
la causa de vuestra pena,
puesto que reconocida
estoy de vuestro favor.

INFANTA:

(¡Qué mal que resisto, Amor,
los efectos de tu herida!
Ama a Enrique mi deseo
y teme mi pensamiento
la infamia en mi vencimiento,
y entre mil dudas peleo.
¡Ay, Enrique! Aunque te quiero,
no es mucho mi amor te asombre;
que si me juzgas por hombre,
mal que lo entiendas espero.
En vano mi mal resisto;
que ya se miran los dos.
Remediarélo, o por Dios...)
Enrique, porque habéis visto
que os quiero, ¿me dais enojos?

Aparte

ENRIQUE:

¿Yo os puedo causar desvelos,

señor?

DUQUESA:
(Él se abrasa en celos). Aparte

INFANTA:
¿No basta que alcéis los ojos
para ver a la duquesa?

ENRIQUE:
Con sano intento sería.

INFANTA:
Salíos fuera.

ENRIQUE:
No entendía
tu ofensa. De ello me pesa.

Vase ENRIQUE

DUQUESA:
Señor, pues que no podéis,
según el fuero, casaros
connmigo ni yo pagaros
el amor que me tenéis,
no deis, por Dios, ocasión
--que mi honor no lo consiente--
a que pueda hablar la gente
en mi fama y opinión.
Enrique es igual y puede,
cuando en mí ponga los ojos,
hacer que con sus despojos
casada y alegre quede;
y vos me podéis honrar
con olvidar este intento.

INFANTA:
Mal puede mi pensamiento
con tal guerra descansar.
Vos tenéis justos desvelos.
Vuelve, Enrique, a mi presencia.
(No entendí que era la ausencia Aparte
aun más crüel que los celos).
Llamadle.

DUQUESA:
¡Enrique!

Sale ENRIQUE

INFANTA:
(¿A qué aspiras, Aparte
pensamiento? Yo deseo...)
Oye, Enrique.

ENRIQUE:
Ya lo veo.

INFANTA:
(No lo ves, aunque lo miras). Aparte
Enrique, quiero decirte...

ENRIQUE:
Ya sé que tienes presentes
tus penas.

INFANTA:
(¡Qué mal las sientes!
¡Ay, quién pudiera advertirte
que en mi intrincada querella
presuma mi mal crüel
de la duquesa por él,
y son de Enrique por ella!
Si mi rostro lo confiesa,
mi honor, mi estado, lo niega
y la esperanza se anega).

ENRIQUE:
(Si el mirar a la duquesa Aparte
era por razón de estado
y no verdadero amor,
dejarlo será mejor,
olvidando su cuidado;
pues alienta mi esperanza
el príncipe de tal modo
en su favor, quiero en todo
dejar el lugar que alcanza).

Sale DOMICIO

DOMICIO:

Señora, el enfermo llama.

INFANTA:

Y que acudáis es razón;
que el tiempo dará ocasión
a que os busque quien os ama.

DUQUESA:

Que me perdonéis, os ruego.

INFANTA:

Id con Dios, duquesa bella.

Vase la DUQUESA

ENRIQUE:

(Siga el príncipe su estrella, Aparte
pues no me abrasa su fuego).

Vanse ENRIQUE y la INFANTA

DOMICIO:

Ruibarbo y alejandría,
no sé qué provecho hará
que siento en las tripas ya
notable volatería.

Salen el MARQUÉS y FABIO

MARQUÉS:

Domicio.

DOMICIO:

¿Señor marqués?

MARQUÉS:

¿Merecerá mi amistad
saber de ti una verdad?

DOMICIO:

Nunca me mueve interés;
soy honrado.

MARQUÉS:

Este diamante...

DOMICIO:

Ni por la imaginación...

MARQUÉS:

Cumplo así mi obligación.

DOMICIO:

Tómolo y paso adelante.

MARQUÉS:

¿Sabes de lo que han tratado
el príncipe y la duquesa?

DOMICIO:

Que lo preguntas me pesa.
¿En qué montes se han criado?
Di, ¿qué han de tratar, señor,
un muchacho y una moza,
que la sangre les retoza
en las mejillas de amor?

MARQUÉS:

(¡A qué furia me provocho!) Aparte
Di, Domicio, ¿cómo fue

DOMICIO:

Luego se lo contaré.
(¡Ay ruibarbo!) Aparte

Vase corriendo como que tiene cámaras

FABIO:

Éste está loco.

MARQUÉS:

Sospechas mal nacidas,
que estáis más cerca cuando más perdidas,
no aumentéis más mis desvelos
con la fiera ocasión de tantos celos;
pues que con las que paso,
el alma, el pecho, el corazón me abraso.
¿Qué me aconsejas, Fabio,
cuando miras la fuerza de mi agravio?
Diré que la duquesa
la obligación desmiente que profesa,
pues da ligeramente

tanta ocasión a que mi mal se aumente;
diré --solos estamos--
que el príncipe la sirve.

Sale DOMICIO

DOMICIO:
¿En qué quedamos?

MARQUÉS:
Quedó en que te ha admirado
preguntarte, Domicio, qué han hablado.
Si es forzoso que... ¡hable!...
¿de cosas amorosas?

DOMICIO:
No es notable
el ingenio que alcanza...
Que ha de lograr, entiendo, su esperanza.

MARQUÉS:
¿De qué suerte, Domicio?

DOMICIO:
Aguarde un poco, si he de hacer mi oficio.
Sentáronse en dos sillas
que afrentaron las quince maravillas.
¿Eran quince por todas?
Aguarde, contaré:
El Coloso en Rodas,
el Mausoleo en Caria,
Monte de Gelboé...

FABIO:
¿Muy necesaria
es agora la cuenta?

MARQUÉS:
Cuando de furia el corazón revienta,
¿gastas el tiempo en vano?

DOMICIO:
Sentáronse los dos y mano a mano...

MARQUÉS:
¡En furia me resuelvo!

DOMICIO:

¡Ah, mal haya el ruibarbo! Luego vuelvo.

Vase DOMICIO corriendo

MARQUÉS:

¿Hay desdicha más grave?

¡Que tal imperfección en mi amor cabe
y tras tantos desvelos,
se acrecientan agora nuevos celos,
cuando remediar trato
los que me inquietaban!

FABIO:

El recato,
con que al príncipe crían,
las mayores sospechas te desvían,
pues tienes ocasiones
para poderla hablar por los balcones.

MARQUÉS:

Pues, de esta vez procuro
vivir de mis sospechas más seguro.
Venga la noche fría,
que miedo helado en los cobardes cría;
veré lo que sospecho,
de acero armado y de valor el pecho,
dándolo por despojos,
de cuerpos viles, monumentos rojos,
que trepando por ellos,
mi mire el sol entre sus brazos bellos.

Sale DOMICIO

DOMICIO:

Señor, ¿en qué quedamos?

MARQUÉS:

Fabio, vámonos ya...

DOMICIO:

Todos nos vamos.

MARQUÉS:

...porque la vida pierdo,
loco en mis celos y en desdichas cuerdo.

DOMICIO:

¡Quién le viera en un día
llegar desde ruibarbo a Alejandría!

Vanse y salen la INFANTA y ENRIQUE

ENRIQUE:

Ya estamos solos, señor;
di lo que quieres mandarme.

INFANTA:

Cierra esa puerta.

ENRIQUE:

(¿Es temor Aparte
el mío? ¿Yo he de turbarme,
si ejemplos doy de valor?)
Ya está cerrada. (Fortuna, Aparte
¿qué es esto? ¿Tan importuna
conmigo vienes a estar
que no se puede esperar
en ti firmeza ninguna?)

INFANTA:

¿Tú eres español, Enrique?
¿Tú blasonas de español,
para que el mundo publique
tu trato, y do nace el sol
y muere, lo notifique?
¿Por ventura no previenes,
cuando de España te vienes
a reinos que extraños son,
que habrás hurtado a Aragón
tantas barras como tienes?
¿Tú hablas a la duquesa,
sabiendo que yo la adoro
y de tu intento me pesa?
¿Así guardas el decoro
que mi dignidad confiesa?

ENRIQUE:

Noble y español nací,
y que nunca te ofendí

en mi defensa prevengo;
y la obligación que tengo,
cumpro, sirviéndote aquí.
No ofende el noble jamás
sus blasones de armas llenos;
sólo al villano verás
que de lo que tiene menos
es lo que blasona más.

INFANTA:
Saca la espada.

ENRIQUE:
¿Señor?

INFANTA:
Bien pudiera mi valor
matarte [sin] advertir;
que no se ha de prevenir
a la venganza [el] traidor.

ENRIQUE:
Con ese nombre sin duda
me da la muerte mi espada
que está a mis ofensas muda,
vestida a tus pies honrada
más que en mis manos desnuda.

INFANTA:
¡Traidor!

ENRIQUE:
Tu alteza repare...

INFANTA:
Cuando el alma te sacare,
porque te la he de sacar
del pecho (mas para entrar Aparte
en el lugar que dejare)...
Di en el estado que estás
del amor que yo procuro.
Confíésalo. (Y bien podrás, Aparte
que yo mismo te aseguro,
cuando te amenazo más).

ENRIQUE:

Príncipe, prometo a Dios
que fue simple voluntad.

INFANTA:

Sí, que sois muy simple vos.
¿Hubo premiada lealtad?
¿Estáis muy firmes los dos?

ENRIQUE:

Eso a mi ser contradice,
porque de su honor desdice
el que descubre un secreto;
que el que le guarda es discreto,
y villano el que le dice.

INFANTA:

¿Estás muy favorecido?

ENRIQUE:

¿Qué favor tendré, señor,
de tanta humildad vestido
y desnudo de valor?

INFANTA:

Otros habrás merecido
de mujer más importante;
porque, en iguales intentos,
sucede el amor constante
suplir con atrevimientos
los defectos del amante.
Dilo, pues que lo confiesa
la duquesa.

ENRIQUE:

Amor profesa;
dulces papeles escribe.

INFANTA:

¿Y los tuyos?

ENRIQUE:

Los recibe.

INFANTA:

(Descuidaos con la duquesa). Aparte
¡Débesla tú de querer

mucho!

ENRIQUE:

Nunca el pecho mío
por ella he sentido arder;
mas mil ternezas le envió.

INFANTA:

(Lanzadas habían de ser).
Jura, pues, que no la quieres
para que mi enojo esperes
ver con menos crueldad,
y mira que sea verdad
todo cuanto me dijeres.

Aparte

ENRIQUE:

Juro que no la he querido,
por el alto firmamento
de luz hermosa vestido.

INFANTA:

¡Qué agradable juramento,
si de temor no ha nacido!
¡Jura más!

ENRIQUE:

Tu vida juro;
que puedes estar seguro.

INFANTA:

Esto es quererme engañar.

ENRIQUE:

Antes lo vengo a jurar,
porque quietarte procuro;
y podré yo presumir
que a ninguno darás tanto
crédito con advertir
que, si acaso lo quebranto,
podrás llegarlo a sentir.

INFANTA:

Dime mal de la duquesa.

ENRIQUE:

Que esto me mandes me pesa.

Ciego en tus celos estás,
y eco de tu voz, no más,
he de ser en esta empresa.

INFANTA:

Estoy tan ciego que quiero
digas mal de ella, por ver
si, en la pretensión que espero,
la dejas tú de querer.

ENRIQUE:

Mi ignorancia considero,
mas no me parece bien.

INFANTA:

Por eso hay muchos a quien
parece un ángel divino.

ENRIQUE:

¿Qué importa si no me inclino?

INFANTA:

Dios te dé salud, amén.
¿Es discreta?

ENRIQUE:

Mal podrá
serlo una mujer rendida,
pues de estarlo perderá
lo que adquirió pretendida,
y la voluntad le da.

INFANTA:

Pues, porque no formes quejas
de la pretensión que dejas,
otra mi fe te asegura,
que abrasará su hermosura
del sol las doradas rejas.

ENRIQUE:

(Sin duda que ha imaginado Aparte
el príncipe divertirme,
por si estoy enamorado,
y así quiere persuadirme
con otro ajena cuidado).
Yo te quiero obedecer.

INFANTA:

(¿Qué es lo que pretendo hacer, Aparte
Amor? Mas no hay que dudar,
ya que has llegado a mostrar
la fuerza de tu poder).

Enrique, a tu pecho fío
un gran secreto. Mi padre...
(¿Hubo mayor desvarío?) Aparte

...tuvo de un parto en mi madre...
(¡Tente, pensamiento mío!) Aparte

...dos hijos, Matilde y yo,
uno a otro semejante
de suerte, que se engañó,
aun teniéndonos delante
el mismo que el ser nos dio.
Matilde, mi hermana, vive
en esa torre, dó apenas
del sol los rayos recibe,
compañeros en sus penas
que en aire sutil recibe.

ENRIQUE:

La causa saber espero,.

INFANTA:

Consultó la astrología
mi padre; y un extranjero
le dijeron que sería
dueño de su amor primero.
Y desde que el juicio sabe
mi padre, caso tan grave
ha querido prevenir
con no dejarla salir.
Tú, Enrique, con esta llave
la irás a ver de aquí a una hora.

Dale una llave dorada

ENRIQUE:

¿Con tu alteza podré ver
a la Infanta, mi señora?

INFANTA:

No, que será menester
quien, a mi padre, que ignora

este caso, le entretenga,
para que mi intento tenga
el efecto prometido;
que no podrás ser sentido,
como mi padre no venga.
Quedando yo, será igual
con el deseo el efeto.
Tú, Enrique, si eres leal,
viva en tu pecho el secreto
que guarda un pecho real.,
Ve solo, Enrique.

ENRIQUE:

Señor,
a tan supremo favor
mil vidas no satisfacen.

INFANTA:

(¡Qué de imposibles deshacen Aparte
mujer, ingenio y amor!)

Vase la INFANTA

ENRIQUE:

¿Quién oyó tal novedad
ni más singular suceso?
Vos, duquesa, perdonad,
que aunque vuestro amor confieso,
más me obliga esta lealtad.
Hoy Carlos me ha revelado
su secreto y su cuidado;
y si con razón lo mido,
ha de ser agradecido
un noble que está obligado.

Sale CASTAÑO

CASTAÑO:

¿Qué haces, señor?

ENRIQUE:

Admirando
tu vana solicitud.
Decidme, ¿qué andas curando?

CASTAÑO:

Si es dolencia la salud,
a todos los voy sanando.
Hay enfermos a porfía,
y el que en mis manos caía,
con venir de dos en dos,
luego estaba en las de Dios,
que no es poca mejoría,
porque les doy la receta
universal.

ENRIQUE:
Ya me enojo
con tu malicia inquieta.

CASTAÑO:
No se hallara por un ojo
una vara de bayeta.

ENRIQUE:
Bien mis intentos ayudas.

CASTAÑO:
Mientras tú no me desnudas
de doctor, fiesta tenemos;
de ayer acá nos comemos
de huérfanos y de viudas.

ENRIQUE:
Yo no sé en qué ha de parar
éste tu intento ambicioso.

CASTAÑO:
Antes llego a aprovechar,
pues vengo a hacerme famoso
con no dejar de curar.

Sale DOMICIO con un papel

DOMICIO:
Cansado a buscarte vengo
con este papel.

ENRIQUE:
No tengo
licencia para tomalle.

DOMICIO:

¿Helo de echar en la calle?

ENRIQUE:

Lo que me importa prevengo.

DOMICIO:

Mira que es de mi señora,
con el sello de su amor,
y tiernamente te adora.

ENRIQUE:

El príncipe, mi señor,
sus esperanzas mejora.
Así, Domicio, podrás
no buscarme a mí de hoy más,
si no es, ya que hacerlo intentes,
para cosas diferentes
de ese intento.

DOMICIO:

Ciego estás.
¿Cómo el hermoso arbol
de su deidad desconoces?
¿Qué intentas, noble español?

ENRIQUE:

Endurecerme a sus voces,
para que me abraze el sol.

Vase ENRIQUE

DOMICIO:

¿Así te vas y me dejas?

CASTAÑO:

No tienes que formar quejas,
pues es fuerza que lo haga,
para que así satisfaga
a Carlos.

DOMICIO:

¿Tú le aconsejas?
Mas volviendo, mi señor,
a la purga. Buena fue
la tal burlilla.

CASTAÑO:

Al doctor
se ha de mirar con más fe.

DOMICIO:

Sois un crüel purgador.
(Si esos remedios ordena, Aparte
poco le duele la pena
de los que a sus manos van).

CASTANO:

Esos remedios están
dispuestos por Avicena.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS:

(¿Domicio en palacio? Admiro Aparte
la novedad. ¿Es papel
aquél que en sus manos miro?
El príncipe es dueño de él.
A un hecho bárbaro aspiro.
Loco me tienen los celos;
perderé a los mismos cielos
el respecto).

DOMICIO:

Sois crüel
físico.

MARQUÉS:

¡Suelta el papel!

Quítale el papel

DOMICIO:

¿Aun nos quedaban más duelos?
No es justo de mí se arguya.

MARQUÉS:

¡Sois un infame tercero!

DOMICIO:

(¿Qué dice? ¡Dios me destruya Aparte
si no es tonto!) Caballero,

suélteme el papel. ¡Concluya!

MARQUÉS:

¿Qué he de soltar, vejezuelo?

¡Ya sois alcahuete!

DOMICIO:

Apelo

para el tribunal de Dios,

y el castigo de los dos

me dará el Señor del cielo.

¿Hase visto tal afrenta?

(¿Qué será lo que éste intenta? Aparte

Los dos vienen ya de manga).

CASTAÑO:

Pues, quínola con pendanga

que ha de pasar de setenta,

¿qué queréis?

MARQUÉS:

Tu intento fiero

con ésta acabar espero.

Saca la daga para el viejo

DOMICIO:

Vuelva el acero a esconder.

¿No basta purgarme ayer,

sino tomar el acero?

Vase DOMICIO

CASTAÑO:

Léalo, vueseñoría,

que es muy gran bellaquería

y no se ha de consentir.

MARQUÉS:

¿Qué le queda que sufrir

hoy a la paciencia mía?

Lee

"Don Enrique, mucho me importa hablarte,
si los celos del príncipe y la ocupación

de tu privanza te dieran lugar; ven, o
enviarásme a Castaño, tu criado."

¿Aún tiene Amor escondido
más daño y riesgo mayor?
¿Sois Castaño vos?

CASTAÑO:
No he sido
sino rucio; mas, señor,
úsase, y heme teñido.

MARQUÉS:
¿No sois el doctor Castaño?

CASTAÑO:
Soy el doctor Albarcoque.

MARQUÉS:
¡Qué un acreditado engaño
a venganza no provoque
a quien participa el daño!
¡Español, bajo criado!

CASTAÑO:
Trátame bien, caballero,
que soy un doctor honrado.

MARQUÉS:
No sois sino un embustero.

CASTAÑO:
Héme aquí desgradüado.

Vase CASTAÑO

MARQUÉS:
Villano Amor, ¿dónde vas
con tantas alevosías?
Ya bien vengado estarás,
pues hallo en las penas mías
siempre un enemigo más.
Mas yo sacaré del pecho
a Enrique el alma arrogante,
pues que no es en mi provecho,
o ya tercero o ya amante.

Papel, pedazos te he hecho,
por no admitir tus delitos;
mas poco remedio dan
a mis celos infinitos,
pues en cada letra están
todos mis celos escritos.

Vase el MARQUÉS y sale la INFANTA,
Vestida de dama

INFANTA:

Con la fiebre y sed, iguales
en el calor y el tormento,
con un volcán en la boca
yace en la cama el enfermo.
¡Cuántos arroyos y fuentes
dan a los prados amenos,
en competencia del alba,
vidrios y aljófares tiernos!
Adora con la memoria,
se bebe con el deseo,
hidrópico, el apetito
y el espíritu sediento;
mas entre flores y ramos
que fueron de abril trofeos
le muestra fingidas fuentes
el piadoso lisonjero.
Él, alentado su engaño,
sus puros cristales viendo,
con el alma les ofrece
el hospedaje del pecho;
y entre las contradicciones
que reprimen sus deseos,
siempre apetece la causa
sin temor de sus efectos.
Igualmente me sucede
en el intricado enredo
de amor, pues viendo mi daño,
a quien lo causa apetezco.
Ardua empresa, rara industria
conozco que es la que emprendo.
Si lo digo, soy perdida,
y si lo callo me pierdo.
Tres montes y tres abismos
se oponen a mis intentos,
todos fuertes e invencibles:

la vana ambición de un reino,
la vergüenza de las gentes,
y de mi padre el respeto.
Y por otra parte, a Enrique,
a quien con el alma ofrezco
deseos enamorados,
víctima de su trofeo,
el alma me solicita;
que ya, admitiendo su imperio
en su memoria descansa
y en él espera remedio.
La puerta abrieron; sin duda
es él, porque pasos siento.
Temblando estoy. Dame ayuda,
Amor, cuando ves que intento
un caso que es tan difícil
al más dilatado ingenio.

Sale ENRIQUE como tentando parte oscura

ENRIQUE:

Por laberintos de dudas
voy entrando, y no discierno
con la vista cosa alguna;
mas ya miro lo que espero.
El príncipe no me engaña.
Yo le ofendí, ¡vive el cielo!,
pues dudé de su palabra.
¿Qué deidad es la que veo?

INFANTA:

¿Quién eres, hombre, que entraste
con osado atrevimiento
donde nunca pies humanos
osadas plantas pusieron?
¿Quién eres tú que has venido
a este lóbrego aposento
que ha estado siempre guardado
con el castigo y el miedo?

ENRIQUE:

Señora, a tal majestad,
a tan soberano pecho,
si el príncipe no me diera...

Turbado

porque yo tu sol eterno...

INFANTA:

Ten ánimo; no te turbes.

ENRIQUE:

Los excelentes objetos
suelen turbar los sentidos
más agudos y más diestros.
El sol deslumbra los ojos,
con soberanos reflejos,
al Águila, mariposa
de las regiones del fuego.
El Nilo, que al mar no llega,
como revuelto y soberbio,
tributo de sus cristales,
sino batallas de viento,
con el estruendo ensordece
sus vecinos. Y en los cielos
tan alta y dulce armonía
ordena su movimiento.
Y, como no son capaces
nuestros sentidos, corriendo
hacen sus círculos de oro
con hermosura y silencio.
¿Qué mucho que un sol divino,
un cielo claro y sereno
y un piélago de hermosura,
dé confusión a mi pecho,
dé adoración a mis ojos,
dé a mi voz y lengua miedo,
dé ignorancia a mi discurso
y a todos juntos respecto?

INFANTA:

¿Tan soberana me juzgas?

¿Tan hermosa te parezco?

ENRIQUE: Díganlo el tiempo y la fama,

que yo, señora, no puedo.

Ni el mar en serena calma,

que blandamente batiendo

con trabucos de cristal

los escollos, forma en ellos

montes de nieve y de espuma,

que deshaciéndose luego

son tornasoles azules,
son damascos verdinegros;
ni el sol cuando en horizonte
entre celajes diversos
de nubes muestra a pedazos
sus rayos y sus cabellos,
y escondido entre cortinas
de púrpura, entre los fluecos
de nácar y oro se duerme
entre las sombras y hielos
de las noches; ni aquel ave
que vive siglos eternos
con alas y pies de rosa,
cuello azul, dorado pecho,
y en aromas de Arabia
su hermosura entrega al fuego,
y ya ceniza y gusano
vuelve a renacer más bello
no tienen tanta hermosura,
ni en nuestras almas pudieron
causar sus mudas bellezas
tanto amor, tanto respecto.

INFANTA:
¿Qué es amor?

ENRIQUE:
Una pasión
con que el alma que tenemos
en la ajena se arrebatada
y vive en el ser ajeno.

INFANTA:
Y dime, ¿puede el amor
causarse en tan poco tiempo
como ha habido ahora?

ENRIQUE:
Sí;
como se ve en este ejemplo.
Cuando las nubes se rasgan
con el oprimido fuego,
trueno, relámpago y rayo
resultan del rompimiento.
Cuando el alma se enamora,
nacen también tres efectos

que son la delectación,
la admiración y el deseo.
Al trueno se corresponde
la admiración del sujeto,
y al relámpago luciente
la delectación de verlo,
el deseo al rayo ardiente;
y de la suerte que vemos
que espanta, deslumbra y mata
con furia el rayo violento,
la admiración nos espanta,
la delectación es cierto
que deslumbre, y luego mata
el amor con los deseos.
Y así de repente, amor,
sin dar dilación al tiempo,
nos da la muerte, porque es
rayo, relámpago y trueno.

INFANTA:

Gran filósofo de amor
te juzgo y te considero.

ENRIQUE:

Antes, jamás he querido,
porque las veces que veo
singulares hermosuras,
parece me están diciendo,
"No te enamores, aguarda;
que más divino sujeto
te han prevenido los hados
por dueño de tu hemisferio."
[.....]

INFANTA:

En aquese mundo vuestro
hay muy grandes hermosuras,
hay soberanos sujetos.
Una duquesa me dicen,
de Montehermoso, que es cielo.

ENRIQUE:

Comparada a tu hermosura,
es un humilde arroyuelo
entre las rústicas flores
junto al mar cano y soberbio,

es una estrella pequeña
que en el alto firmamento
mendiga rayos del sol
para servirte con ellos.

INFANTA:
¿Qué te admira más de mí?

ENRIQUE:
Aquel singular extremo
de semejanza que tienes
con tu hermano.

INFANTA:
Ya lo ha hecho
naturaleza otra vez.
Tú pareces extranjero.

ENRIQUE:
Sí, lo soy.

INFANTA:
¿De qué nación?

ENRIQUE:
Español.

INFANTA:
¡Oh, monstruo fiero!
Quítate de mi presencia;
no estéis aquí. Vete luego.

ENRIQUE:
¿Monstruo llamas al que es hombre?

INFANTA:
¿No lo son? Pues me dijeron
que por uno me privaban
de ver la luz de los cielos.

ENRIQUE:
¿Y podré volverte a hablar?

INFANTA:
Si mi hermano gusta de ello,
sabe agradecerle.

ENRIQUE:

¿Y sin él
no veré tus ojos bellos?

INFANTA:

Quizá por aquestas rejas
alguna vez. Vete presto.
No te encuentre nadie aquí.

ENRIQUE:

Entré cobarde y voy ciego.
Queda a Dios.

INFANTA:

Y ve con Él.

ENRIQUE:

(¿Qué enigmas son éstas, cielos?) Aparte

INFANTA:

(Amor, ingenio y mujer, Aparte
¿qué imposibles no emprendieron?)

ACTO TERCERO

Salen el REY y ENRIQUE

REY:

Enrique, ya que a Sicilia
permite el cielo que vengas
para que en mi casa tengas
el remedio en mi familia,
ya que eres ayo y maestro
del príncipe y su privado
y de mí estás obligado
por el amor que te muestro,
en riquezas y en mandar,
a mis sobrinos prefieres,
conde de Módica eres
y Almirante de la mar;
y pues, le toca a tu oficio
dar, a lo que digo, un medio

por resultar su remedio,
en general beneficio,
y que el cuidado que ves
de que nace mi fatiga,
por ser tú leal me obliga
a que me digas cuál es.
Que me advirtieses querría,
cuando mi amor te consulta,
¿de qué al príncipe resulta
tan grave melancolía?
¿Qué tiene? Que siempre está
tan rendido a su pasión
que ver su enajenación
justo cuidado me da.
¿Sabes acaso su pena?
¿Has la ocasión entendido?

ENRIQUE:

De amor, sin duda ha nacido,
que es quien su dolor ordena.
El príncipe, mi señor,
a su prima, la duquesa,
adora, y mudo confiesa
la causa de su dolor.
Desde que por el oriente
saca el sol su luz divina,
su adorada Serafina
llama en voz triste y doliente.
Pienso que fuera acertado
casarle, señor, con ella,
pues cesará su querella
y faltará tu cuidado;
porque aunque es fuerza, señor,
que haciéndolo se traspase
la ley que niega se case
con su vasallo, el amor
que te tienen es de suerte
el reino, y la voluntad,
que podrá tu autoridad
deshacer cosa más fuerte.

REY:

Sí, remedio he de buscar
para anular esa ley.
(Saben los cielos y el rey Aparte
que en otra ley se ha de hallar).

¿Que tú no le has conocido
otra ocasión?

ENRIQUE:
No la tiene.

REY:
Buscar un medio conviene
para que ponga en olvido
Carlos este pensamiento,
divirtiéndole de amor,
si es su enemigo mayor.

ENRIQUE:
Sin éste ninguno siento
ni modo alguno que obligue,
señor, en esta ocasión
que a su amorosa pasión
los accidentes mitigue.

REY:
Yo daré fin a sus quejas,
si no precede de más
que de ese amor.

Vase el REY

ENRIQUE:
Mal podrás,
si a un ángel tan sin él dejas,
dándole tal pesadumbre
por la vana presunción
de los juicios que son
tan llenos de incertidumbre.
Bellísima infanta presa,
cuya beldad peregrina,
como a su deidad divina,
el alma adora y confiesa,
si pudiera con mi pena
o con mi excesivo amor
moderados el rigor
de vuestra oscura cadena,
sabe el cielo que es testigo
de la verdad, que mi vida
perdiera, a tus pies rendida,
para el remedio que digo.

Sale la INFANTA, vestida de hombre

INFANTA:

¿En qué te habló el rey?

ENRIQUE:

Señor,
en saber en qué consiste
tu tristeza.

INFANTA:

¿Y qué dijiste?

ENRIQUE:

Lo que entiendo, que de amor...
que amabas a la duquesa,
que es de adonde nace el daño.

INFANTA:

(¡Y sabría que es engaño! Aparte
¡Sabe Dios cuánto me pesa!)

ENRIQUE:

Díjele que te casara
con ella.

INFANTA:

¿Y qué respondió?

ENRIQUE:

A tratarlo se partió.

INFANTA:

(¿Quién, cielos, imaginara Aparte
tan confuso laberinto?
Pues ya miro mi cuidado,
de nuevas dudas cercado
y con término distinto
del respeto y del temor,
dar la rienda a mi fatiga
con tal fuerza, que me obliga
a buscarla yo al dolor).
Enrique, admirado estoy
cuando en tu silencio veo
pagar tan mal el deseo

con que mi gracia te doy.
Condición tienes avara,
pues a ser dichoso llegas
y tu felicidad niegas
a quien te la dio. Repara
en que ingrata opinión gana
tu callar, pues no me da
parte de cómo te va
de visitas de mi hermana.

ENRIQUE:

Señor...

INFANTA:

Fíate de mí,
pues tanto tu fe levanta,
que me dio agora la infanta
este papel para ti;
y tanto en tu pecho fiel
fío, que sin descubrirle
te le traigo sin abrirle
ni saber qué viene en él.

ENRIQUE:

A tu favor obligado
mi agradecimiento adora.
El papel de mi señora
me des, pero no cerrado.

INFANTA:

Aun más pienso hacer por ti.
Pero antes que el papel leas,
quiero mi maestro seas
de amar, diciéndome aquí,
cuando amabas la duquesa,
qué palabras le decías
con que su amor reducías
al favor que me confiesa;
que, pues la he de pretender,
quiero tu estilo imitar.

ENRIQUE:

¿Yo he de llegar a enseñar
de quien puedo yo aprender?

INFANTA:

Quiero probar si la inclino
por lo rendido y amante.

ENRIQUE:

¿Qué estilo más importante
que el de tu ingenio divino?
A quien tiene tal prudencia,
¿qué le puedo yo advertir?

INFANTA:

Ea, bien puedes decir
que esto es enseñar la ciencia.
Esto me importa aprender.
Haz, Enrique, lo que digo.

ENRIQUE:

Si miro a lo que me obligo...

INFANTA:

Sin replicarme ha de ser.

ENRIQUE:

Pues vaya de amor fingido.
Duquesa...

INFANTA:

No me la nombres;
no has de pronunciar dos nombres
que me ofenden al oído:
duquesa ni Serafina.

ENRIQUE:

Pues, ¿cómo la he de nombrar?

INFANTA:

"Dueño" la puedes llamar,
"Bien tuyo" y "Prenda divina;"
"Matilde" también podrás,
como si mi hermana fuera.

ENRIQUE:

No era justo que lo hiciera,
aunque licencia me das;
que no fuera acuerdo sabio,
por excusar ese intento,
llegara mi atrevimiento

no solamente perdono
tus deseos pero abono
tu merecido favor;
y en premio a tus esperanzas,
pues me has debido agradar,
yo misma te pienso dar
albricias del bien que alcanzas."
¿Va bien?

ENRIQUE: Muy bien, a ser yo
amante de la duquesa.

INFANTA:
¿No sabes cuánto me pesa
que la nombras?

ENRIQUE:
No advirtió
el alma te daba enojos
mi intento, a tu gusto fiel.

INFANTA:
Ya puedes por el papel
pasar, Enrique, los ojos.

ENRIQUE:
Turbado rompo la nema
que en tan supremo favor,
si es fuerza me aliente amor,
es justo el respeto tema.

Lee ENRIQUE, turbándose

"Obligada a tu cuidado,
Enrique..."

INFANTA:
Lee sin temor,
que aun en las cosas de amor
Fortuna ayuda al osado.

ENRIQUE:
"Están tan en la memoria
tus deseos recibidos,
que tienen ya mis sentidos
tu imaginación por gloria.
Tú has llegado a merecer

lo que nunca imaginaba
poder haber..."

INFANTA:

¡Lee! ¡Acaba!

¿Ves que no sabes leer?

ENRIQUE:

"Y en maravillas tan nuevas
tanto llegaste a obligar,
que te prevengo a mostrar
de amor las más altas pruebas.
Rey de Sicilia has de ser,
y llegando a coronarte,
lo que pueda, he de mostrarte,
amor, ingenio y mujer."

Rompe ENRIQUE el papel

ENRIQUE:

Papel, ni agradecimiento
ni respeto ha de excusarte.

INFANTA:

¿Qué haces, Enrique?

ENRIQUE:

Mostrarte
un honrado sentimiento.
Viviendo tú, ¿ha de decir
tales cosas un papel?

INFANTA:

El amor es un pincel
que cuanto llega a sentir
dice sin ningún respeto,
porque tiene fuerza tanta.
Tuya es, Enrique, la infanta.

ENRIQUE:

¡Señor!

INFANTA:

Yo te la prometo.

ENRIQUE:

Mira, señor, que ya alcanza
tanto mi fe en tu favor,
que tengo justo temor
que me mate tu privanza;
que con indicios menores
me he visto en trance más fuerte
de la vida.

INFANTA:
¿De qué suerte?

ENRIQUE:
La envidia engendra traidores,
y anoche me acuchillaron.

INFANTA:
¿Y no supiste quién fueron?

ENRIQUE:
Con lo oscuro no pudieron
conocerse, aunque mostraron
con bien seguras señales
que no erraron la intención,
puesto que su ejecución
faltó.

INFANTA:
¿Y pretensiones tales,
no sabes de quién saldrían?

ENRIQUE:
Ni agraviado ni quejoso
tengo.

INFANTA:
(En mi pecho amoroso Aparte
ya los temores porfían).
Pues vive, Enrique, seguro,
que pues en mi gracia estás,
en mi cuidado tendrás
siempre centinela y muro.
No temas nada.

ENRIQUE:
Señor,
si tanto favor recibo,

seguro del mundo vivo.

INFANTA:

Ven.

ENRIQUE:

¡Qué ventura mayor!

Vanse y salen la DUQUESA y CASTAÑO

DUQUESA:

Si no hubiera conocido
antes de esto en tu señor
discursos de hombre entendido,
creyera que hoy el favor
le tiene desvanecido.
El generoso laurel
suele a la hiedra crüel
dar abrazos con que medra,
y despréciale la hiedra
en allegándose a él.

CASTAÑO:

La hiedra tiene esa maña.

DUQUESA:

De tu señor hablo agora.
Pienso que trujo de España
mucho soberbia.

CASTAÑO:

Señora,
injusto enojo te engaña.
Si el príncipe le ha quitado
que te vea...

DUQUESA:

¿Eso [ha mandado]
el príncipe?

CASTAÑO:

Claro está;
que amándote sentirá.
Sabráslo ya si ha jurado.

DUQUESA:

A cólera me provoca.
¿Qué juró?

CASTAÑO:
Yo lo diré.
Que ha de ir a Roma...

DUQUESA:
(No es poca Aparte
pena).

CASTAÑO:
...descalzo y a pie,
con un zapato en la boca.
(Ya, paciencia y barajar Aparte
y echar por otro).

Sale DOMICIO

DOMICIO:
¿Ha de entrar
el marqués, porque está aquí?

CASTAÑO:
Mira, señora, ¡ay de mí!,
que jura me ha de matar,
que no quiere absolución
en Roma sino en la China,
porque tiene en conclusión
conmigo cierta mohina
aunque con poca razón.

DUQUESA:
Pues, porque sin riesgo quedas,
Domicio, esconderle puedes
donde no lo pueda ver
el marqués.

CASTAÑO:
Así ha de ser;
la misma piedad excedes.

DOMICIO:
Detrás de aquesta antepuerta
podéis por agora estar,
pues que no está agora abierta.

CASTAÑO:
Domicio, fidelidad.

DOMICIO:
(Ya está mi venganza cierta). Aparte

Escóndese CASTAÑO y sale el MARQUÉS

MARQUÉS:
Como la vela que arde
más cuando morirse quiere,
cuando mi esperanza muere
y no hay remedio que aguarda,
te vengo, duquesa, a hablar,
para decirte que estás
ciega, pues ocasión das
que lleguen a murmurar
que favoreces a Enrique,
tan clara y tan ciegamente,
que das lugar que la gente
tu vana afición replique.
Mal haces, pues de este modo,
prefieres a un extranjero
al favor, que ya no espero
por ser desdichado en todo.

DUQUESA:
Engañado estás, marqués,
que si a Enrique le escribí,
fue por defenderme así
del príncipe, de quien es
la privanza; y para hablarle
en orden a mi quietud,
con tanta solicitud
envié ayer a llamarle.

MARQUÉS:
(Quién satisfacciones da, Aparte
amor tiene y paz procura;
blandamente me asegura,
favorable a mi fe está).
Digo, divina señora,
que ya satisfecho estoy,
y en albricias de ello os doy
el alma.

DUQUESA:

Pues, falta agora
que yo satisfecha quede,
que no sé de qué ha nacido
el ser, marqués, atrevido
en lo que ofenderme puede.
¿Qué favor de mí tenéis
que os haya dado licencia
a que con tal imprudencia
ni pretendéis ni celéis?

MARQUÉS:

¿Qué es esto, cielo?

DUQUESA:

Advertid,
que con ocasión me ofendo,
pues ni dárosle pretendo
ni jamás le di.

MARQUÉS:

¡Oíd!

DUQUESA:

¿Qué he de oír, pues mi papel
te atreves a abrir así,
y no siendo para ti?

MARQUÉS:

Quise ver mi muerte en él,
¡Oh, ingrata fiera homicida!

Sale DOMICIO

DOMICIO:

El príncipe viene a verte.

DUQUESA:

Vete; no encuentres tu muerte
donde buscabas tu vida.

MARQUÉS:

¿Que así tu rigor me trate?

DUQUESA:

Pues, si doy rienda al rigor,
haré al príncipe un favor
en decirle que te mate.

MARQUÉS:

Dime, Domicio, ¿podrás
ponerme do pueda oír
lo que dicen?

DOMICIO:

Es pedir
cotufas.

MARQUÉS:

Por mí lo harás.
Toma y perdona, Domicio.

Dale una sortija

DOMICIO:

Tomo y perdono, marqués;
ser alcahuete no es
inútil ni vil oficio.
En esta puerta, señor,
te encubre.

MARQUÉS:

¿Podré ocultarme?

Dentro

CASTAÑO:

¡Domicio!

DOMICIO:

(Yo he de vengarme *Aparte*
del maestro purgador).

Escóndese el MARQUÉS y salen la
INFANTA y CRIADOS

INFANTA:

No sale con tal belleza
el sol a alumbrar el día,
mi Serafina.

DUQUESA:

No es mía
esa gloria; es de tu alteza.
(¿Es posible que, pudiendo
lograr en tal hermosura
su favor y mi ventura,
esté su amor resistiendo?
Queriendo emplear el mío
en un español traidor
que desprecia mi favor,
¿no es injusto desvarío?)

Aparte

INFANTA:

¿Qué dices?

DUQUESA:

Señor, decía
que no haber agradecido
hasta aquí tu amor ha sido
causa la desdicha mía,
porque a no oponerse a ella
la ley, que priva severa
casar con vasallo, fuera
felicidad de mi estrella;
que empleada en tal beldad
y en tan divino valor,
fuera triunfo de tu amor
mi rendida voluntad.

INFANTA:

Pues, prima, resuelto vengo
a deshacer imposibles
que no lo son, si los cielos
hacen que tu amor se anime.
¿Es posible que sufriesen
tantas mujeres insignes
las duras leyes que infaman
vuestra memoria felice?
¿Por qué se ha de permitir
que, donde la fama escribe
tantas hazañas heroicas
de mujeres varoniles,
consientan la tiranía
de dos leyes que prohíben
que ni en tálamos reales

ni en las herencias se admiten,
cuando pueden dar envidia
a las matronas que viven
do el bárbaro Termodonte
cristal en púrpura tiñe?
¡Animo, ilustre duquesa!
Haya un motín que publique
que sacudan la cerviz
del agravio que reciben.
Pues tiene el reino estas leyes
y agora en cortes asisten,
tratemos de quebrantarlas,
que no son montañas firmes;
y pues tienes de tu parte
tantos nobles que lo animen
y pueden a tu opinión
acudir con pechos libres,
sé tú a quien las damas deban,
por defensora invencible,
hazaña tan valerosa
donde tanta gloria asiste;
que si a esta empresa te adquiere
mi fe que en tus ojos vive,
verá que mi amor se abrasa
entre las rosas de Chipre.

DUQUESA:

A tu amor agradecida,
obligada a lo que dices,
por la gloria y por el premio
que en este caso compiten,
haré tantas diligencias
que a mis hermanos obligue
y a mis deudos que los fueros
allanen y faciliten;
y cuando en ellos faltare
la propia piedad que viste,
convocaré con mis voces,
entre los aires sutiles,
las mujeres de Sicilia,
las nobles y las humildes
para que todas conozcan
que sufren agravios viles.

INFANTA:

La nobleza de Sicilia

tienes de tu parte; diles
que gocen de la ocasión
y con mi favor se animen.

DUQUESA:

Desde aquí, con tu licencia,
parto a que mi lengua incite
a la gloria de esta empresa
los que de verme se obliguen.

INFANTA:

Ve enbuenhora.

DUQUESA:

(Concededme
esta gloria en que consiste,
cielos, mirar la corona
sobre mis sienes felices).

Vase la DUQUESA y dice CASTAÑO dentro

CASTAÑO:

¿Si se fue el marqués Nerón?

MARQUÉS:

¿Quién está aquí?

CASTAÑO:

¿Quién lo dice?
¡Válganme cuarenta santos!

Sale huyendo del MARQUÉS y dicen sin que los
vea [la INFANTA]

MARQUÉS:

¿Ves tus delitos?

CASTAÑO:

Admite
un par de disculpas mías
en tus entrañas de tigre.

MARQUÉS:

¡Villano vil!

CASTAÑO:

Si me escuchas,
te diré...

MARQUÉS:
¡Los cielos viven,
que me las has de pagar! Calla.

CASTAÑO:
No quiero.

MARQUÉS:
Tus hechos viles
me has de pagar.

CASTAÑO:
¡Ah, señora!

INFANTA:
¿Quién da aquí voces?

CASTAÑO:
¡Ay, triste!
Por escaparme de Scila
he encontrado con Caribdis.

MARQUÉS:
(El príncipe es éste. Quiero, Aparte
antes que pueda sentirme,
irme porque no me vea).

Vase el MARQUÉS

INFANTA:
Llégate [a mí].

CASTAÑO:
Lo prohíbe
el olfato.

DOMICIO:
Mal oléis.

CASTAÑO:
Pues, ¿vengo a vender almizcle?
Fue que con el mucho miedo
no supe lo que me hice.

DOMICIO:

Haga cuenta que es ruibarbo
que el miedo de todo sirve.

INFANTA:

¿No eres tú...?

CASTAÑO:

¿Yo? No, señor,
no puede ser, ni es posible
que lo que ha sido no sea.

INFANTA:

...aquel médico que Enrique
trujo consigo de España.

Turbado

CASTAÑO:

Sí, señor, mas cuando quise...

INFANTA:

Dime, ¿has venido tú a caso?

CASTAÑO:

Sí, señor, acaso vine...

INFANTA:

¿Qué trujiste?

CASTAÑO:

Mal recaudo,
mal recaudo. Yo lo hice
por el miedo, porque yo
no soy amigo de chismes.

INFANTA:

¿Quiere Enrique a la duquesa?

CASTAÑO:

Como al diablo.

INFANTA:

Ya estás libre.

Vanse y salen el REY y POMPEYO

REY:

¿Los hijos de mi hermano toman armas
contra mí y solicitan en su ayuda
al turco, en cuyas fuerzas se confían,
para quitarme el reino?

POMPEYO:

Así lo escriben
por cartas las espías que allá tienes.

REY

La crueldad de su padre han heredado,
mas no tendrán efecto sus intentos.
Llamadme aquí al marqués.

POMPEYO:

El marques viene.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS:

¿Qué me mandas, señor?

REY:

Lo que os importa.
Los hijos de mi hermano vil y aleve
vienen con prevenciones contra Italia.

MARQUÉS:

¿Con qué intento, señor?

REY:

De ser traidores.
Hijo sois de mi hermana y, si faltase
el príncipe, tenéis derecho al reino,
si aquella dura ley no lo estorbara,
que llaman salía. Pues agora hay cortes,
hablad los grandes y vos, de mi parte
y de la vuestra, les pedid la anulen;
pues con eso quedáis habilitado
y yo descansaré de este cuidado.

MARQUÉS:

Bastará que se entienda que es tan justo

para que todos vengan con tu gusto;
y yo beso tus pies por favor tanto.

REY:

No quiera Dios que hereden en Sicilia
nuevos tiranos que su sangre noble
con bárbara crueldad beber desean
y en acechanzas su cuidado emplean.

POMPEYO:

El médico, señor, que me mandaste
llamar, está aquí ya.

REY:

D[ecid]le que entre.

Sale CASTAÑO

CASTAÑO:

(El diablo a mí me engañó. Aparte
¿Yo médico? Si pudiera
ir matando cuantos viera
y curara, pienso yo
no se llegara a entender
que mis curas son locuras,
que encubren las sepulturas
médicos de mal hacer.
Alguna extorsión espero;
que está aquí el Marqués.)

MARQUÉS:

Señor,
advierte que no es doctor
sino un famoso embustero.

REY:

¿No eres médico?

CASTAÑO:

Serví
a un gran médico en Valencia
y heredéle.

REY:

¿Qué, la ciencia?

CASTAÑO:
No, sino la mula.

MARQUÉS:
¡Así!
¿Es todo?

REY:
Como entendiste
del príncipe el mal, y yo
vi que en tu consejo halló
el remedio que le diste,
sin que en otra mano hallase,
aunque lo vieron doctores
de mi casa los mejores,
quien su pena remediase,
quisiera saber de ti,
¿qué conociste en su mal?

CASTAÑO:
Vuestra majestad real
sabrà la verdad de mí.
Dice Esculapio, tratando
de febris...

MARQUÉS:
Pues, si él empieza...

CASTAÑO:
Yo estoy hablando a su alteza.

MARQUÉS:
Sí, pero estàsle engañando.

CASTAÑO:
¿Heos mandado yo sangrar,
estando con resfriado?
Pues, ¿por qué estàis enojado
conmigo? Dejadme hablar;
que parece que tenéis
algún sobrino doctor.
Pero, en efecto, señor,
¿qué es lo que mandar queréis?

REY:
Quisiera me declararas

qué pasión Carlos encierra,
qué disgusto le destierra,
y que tú lo remediaras.

CASTAÑO:

Según de su mal se arguye
y su tristeza confiesa,
Carlos ama a la duquesa.

MARQUÉS:

¡Este loco me destruye!
¿Qué estás diciendo, ignorante?
Vuestra alteza no le crea.

CASTAÑO:

Como en sus brazos se vea,
no irá la fiebre adelante.

REY:

(Si el de Carlos es amor, Aparte
razón es pena me dé;
pues en su efecto se ve
que encierra daño mayor.
Sin duda que Enrique ha sido
la causa de su cuidado.
De esto nace el ser privado,
y su tristeza ha nacido
de ver la contradicción
que a su amor pone el secreto.
Remedio pide discreto
tan peligrosa ocasión).
¿A quién tal le sucedió?
Esto saber he querido.
Vete.

CASTAÑO:

(A curar he venido Aparte
gratis. ¿Soy albéitar yo?
Mas como es la cura corta,
en la paga lo han andado.
Bravo susto le hemos dado
al tal marqués).

Vase CASTAÑO

REY:

Esto importa.
Marqués, gusto e interés
hoy mi autoridad espera,
si muere Enrique...

Sale la INFANTA

MARQUÉS:
Pues muera.

INFANTA:
(Que muera dijo el marqués, Aparte
y si como yo sospecho,
es Enrique a quien pretende
matar, a mi vida ofende,
pues él habita en mi pecho.
Llegaré disimulando).
¿Qué hace tu majestad?

REY:
La causa en tu enfermedad
he estado aquí preguntando.
Todos dicen que es amor,
y como sé que no ha sido
de la duquesa, he tenido...

INFANTA:
(Declaróse. ¡Ea, favor Aparte
tuyo, Amor, es menester!
A Enrique quiero librar.
Lo que puede, he de mostrar,
amor ingenio y mujer).
Señor, el que te ha informado
que de amor mi mal procede,
no haberlo entendido puede,
y es cierto que se ha engañado.
De causa distinta nace
mi pena.

REY:
Dímelo aquí,
pues ves que mi pena así
a la tuya satisface;
que niegas que se publique
tu mal.

INFANTA:

Señor, si porfía
en mí esta melancolía
es porque me cansa Enrique,
y quisiera quitar
todo aquello que le he dado;
mas tiéneme con cuidado
ver que me han de murmurar
de liviano, si le quito
lo que le di.

REY:

¿Y esa pena
a tristeza te condena?
En los reyes no hay delito.
Quítaselos; que si ha sido
ingrato en no darte gusto
que se lo quites es justo
a quien no lo ha merecido.

Sale ENRIQUE

INFANTA:

Enrique, el rey, mi señor,
como ve que me he crecido,
me ha hecho un grande favor.
Tente ya por despedido
del oficio de ayo. (Amor,
perdona a la industria mía
hacer tal descortesía).

Aparte

ENRIQUE:

Beso tus reales pies,
aunque su ayo no es,
quien del príncipe aprendía.

INFANTA:

Al marqués, mi primo, espero
honrar más de aquí adelante,
y así que le dejéis quiero
el oficio de almirante.

ENRIQUE:

Tu grandeza considero.

INFANTA:

Pompeyo criado ha sido
de mi padre. Hale servido
bien, y así le [dé] el condado
de Modica.

ENRIQUE:
Habéis mostrado
vuestro pecho agradecido.

INFANTA:
Y hasta que mande otra cosa,
Enrique, no me veáis.

ENRIQUE:
Solamente rigurosa
en eso, señor, mostráis
vuestra mano poderosa.
Honrando al marqués, mi amigo,
con lo que estoy poseyendo,
que me hacéis merced os digo;
mas ya me va pareciendo
no merced, sino castigo;
que no quedaba agraviado,
señor, en que hubieses dado
a otro título y oficio,
pues era en mi beneficio
por ser tan bien empleado.

REY:
(No es posible que lo quiera Aparte
alma que así lo trató).

[AI MARQUÉS]

Marqués, Enrique no muera;
que mi sospecha cesó.

Vase el REY

MARQUÉS: (Sin la razón lisonjera Aparte
de estado ninguno trate
de medrar, no lo dilate,
si ve la ocasión doblada).

[A la INFANTA]

Señor, si Enrique te enfada,
da lugar a que lo mate;
que aun con barruntos ligeros
de que a tu gusto no es,
probó anoche mis aceros.

INFANTA:

(¡Su enemigo sois, marqués! Aparte
Huélgome de conoceros).
No soy, primo, tan crüel;
que viva quiero, y a vos
honraros mi pecho fiel,
pero no permita Dios,
primo, que le mate a él.

MARQUÉS:

(Por lo menos voy vengado Aparte
de los celos que me ha dado).

Vase el MARQUÉS

ENRIQUE:

Por premio de haber servido,
que me digas, señor, pido
qué culpa en mí has castigado.
¿Qué delito mío da
ocasión a tal rigor,
que me veo ajeno ya
de tan supremo favor?

INFANTA: La infanta te lo dirá.

Vase la INFANTA

ENRIQUE:

¿Qué es esto, suerte enemiga?
¿Aún niegas que se me diga
la causa de esta mudanza?
¡Ay, mal segura privanza
que a tanto pesar obliga!
¿Quién mal de mí dicho habrá?
¿Qué culpas en mí hallaron
que airado el príncipe está?

Sale CASTAÑO

CASTAÑO:

Las malas nuevas volaron;
todo lo he sabido ya.
¿Qué es esto, señor?

ENRIQUE:

Y en tanta
desdicha, que el mundo espanta,
la infanta, ¿qué ha de decirme?
Matilde, ¿qué ha de advertirme?

CASTAÑO:

¿Qué "Matilde" ni qué "Infanta?"

ENRIQUE:

Vamos a España, que aquí
toda mi dicha acabó.
Ya no hay esperanza en mí.
Mas, ¿que no he de saber yo
quién me ha descompuesto así?
Cayó en tierra el edificio.
Preso la infanta se queda.

CASTAÑO:

Con la grande polvareda
hemos perdido don Juicio.

ENRIQUE:

Ni quiero estado ni oficio.
Salir de Sicilia quiero;
veré a la infanta primero.

CASTAÑO:

Con el furor se enloquece.
(Una traza se me ofrece. Aparte
Dar lástima al rey espero.)

ENRIQUE:

Niño es Carlos, y unos días
muestra amor y otros enojos.
Inconstantes son sus ojos
para las fortunas mías.
Matilde a estas rejas frías
mercedes me suele hacer.
Fortuna, yo la he de ver;
mas, ¿qué remedio me queda

si están moviendo tu rueda
un niño y una mujer?

Vase a entrar y sale a una ventana la INFANTA de dama

INFANTA:

¡Ah, conde, conde! ¡Almirante!
¡Enrique!

ENRIQUE:

Ya no entendía,
señora, como solía,
por ser "conde." Aunque os espante,
no seré de aquí adelante
sino Enrique solamente.
Ya ha menguado mi corriente;
que el príncipe lo permite
y la Ocasión la remite
a que tu alteza lo cuente.
Bien sé que no le ha ofendido
ni aún con sólo un pensamiento,
mi justo agradecimiento.
Jamás he puesto en olvido
lo que me tiene afligido.
¿Es ver que estoy ignorante
de enojo tan importante?

INFANTA:

No es enojo; es justa ley,
porque quien ha de ser rey,
¿cómo ha de ser almirante?

ENRIQUE:

¿Qué escucho?

INFANTA:

No está enojado
el príncipe. Antes advierte
que te libró de la muerte
con haberte así tratado.
Vive agora con cuidado,
pues a tal ocasión vienes.
Conoce que amigos tienes,
porque en ocasión estás
que muy presto ceñirás
de la corona tus sienas.

Di a mi padre que te quiero
y de tal modo te estimo,
que a ser tu esposa me animo
y sólo tu gusto espero.

ENRIQUE:

Que me atrevo considero
mucho, si esta empresa sigo.

INFANTA:

Ve, Enrique, y haz lo que digo;
que, pues yo te doy licencia,
importa esta diligencia.

ENRIQUE:

Voy, y a tu gusto me obligo.

Vase ENRIQUE, quítase de la ventana la INFANTA,
quédase CASTAÑO y salen el REY y POMPEYO

CASTAÑO:

Famoso rey de Sicilia,
si suelen las duras peñas,
tal vez del agua abatidas,
quedar blandas y deshechas,
mueva, señor, tu piedad
ver que el dolor y la pena
privan a Enrique de juicio;
conduélate su miseria.

Mira, señor, que es sobrino
del rey de Aragón, y hereda
por muerte del rey Alfonso
mucho mar y mucha tierra.
Danos, señor, un bajel
para que a España se vuelva;
que yo le iré acompañando,
si las lágrimas me dejan.

REY:

Gran fuerza tiene el delito
en pechos donde hay nobleza.
¡Tan impensada mudanza!
No me admiro que lo sienta.

POMPEYO:

La duquesa Serafina

viene a verte.

Sale la DUQUESA

REY:

¿La duquesa?

DUQUESA:

No te parezca, señor,
novedad de esta manera
haber venido a palacio
a traer tan buenas nuevas.
El príncipe, mi señor,
me ha mandado que hiciera
la diligencia que ves.
Tomé a mi cargo esta empresa,
y en fin tengo aquí las firmas
de los grandes, en quien veas
que los dos fueros se anulan
que llaman en esta tierra
de Recaredo; y por paga
te suplico que merezca
el ser del príncipe esposa,
cuyo amor mi fe confiesa.

Sale ENRIQUE

ENRIQUE:

Señor, escúchase aparte,
y mis servicios merezcan
des crédito a lo que digo
obligándote mi pena.
Si diste a la astrología
tal crédito, que por ella
a la infanta, mi señora,
tienes en clausura eterna,
no te admire lo que digo;
pues lo que el cielo concierta,
poco importa prevenirlo
nuestra humana diligencia.
Yo, señor, hablo a la infanta
entre la oscura tiniebla
donde está, dándome a ello
el príncipe la licencia.
Ella se quiere casar
conmigo.

REY:
(¡Qué así enajena Aparte
el dolor a los sentidos!
¡Qué lastimosa tragedia!)

ENRIQUE:
En fin la infanta me elige
por dueño de su belleza,
y por otra parte Carlos...

REY:
(¡Qué desatinos que mezcla!) Aparte

ENRIQUE:
Matilde...

REY:
(¡"Matilde" dijo! Aparte
¿Si alcanza la grande fuerza
de su locura [a] este caso?
Mas ya tomo otra sospecha;
que diferente ocasión
la ha dado noticia de ella).

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS:
Lo que me mandaste hice,
señor, con tal diligencia
que los fueros de Sicilia
dados por injustos quedan.
Por premio, señor, te pido
la mano de la duquesa.

REY:
Ella te escucha y responda.

MARQUÉS:
¿En palacio? ¡Cosa es nueva!

Sale la INFANTA de dama

INFANTA:
Donde hay amor, no hay quietud.
Amor venció la vergüenza;

que en semejante ocasión
es bien que todo se piedra.
Enrique, ¿hablaste a mi padre?

ENRIQUE:
Sí, señora.

INFANTA:
¿Y qué respuesta
te dio?

ENRIQUE:
Ninguna me ha dado.
Yo quisiera...

INFANTA:
¿Qué quisieras?

ENRIQUE:
Bella infanta, que aguardaras
hasta que el príncipe venga,
porque te ayude.

INFANTA:
Español,
con ignorancia discreta,
Carlos y Matilde soy.

[AL REY]

Señor, no admiréis que venga
de esta suerte.

REY:
¿Qué es aquesto?

INFANTA:
Pues que ya deshecha queda
la ley salía,...

REY:
¡Del amor
son las maravilla éstas!

INFANTA:
...no permitáis que más tiempo

engañe a naturaleza.

REY:

(Rabiando estoy de furor Aparte
pero no quiero que vean
que me ha pagado mi industria
con tan rara inobediencia).
Sobrinos, Matilde es Carlos;
que hasta aquí ha estado encubierta
con nombre de hombre hasta tanto
que hiciese esta diligencia.
Matilde, abraza a tus primos.

INFANTA:

Sí, haré. Pues es, señor, fuerza
el casarme con Enrique,
te pido a tus pies que sea.

REY:

Con la casa de Aragón
segunda vez se renueva
nuestro parentesco.

MARQUÉS:

Y yo
le pido su mano bella
a la duquesa.

REY:

Daos todos
las manos.

INFANTA:

Enrique, llega.

DUQUESA:

Con mucho gusto la doy.

MARQUÉS:

Con él es bien te obedezca.

CASTAÑO:

Castaño, señor, te pide
perdón de la grande mengua
que en tus vasallos ha hecho
con sus purgas y recetas.

REY:
Yo te lo doy.

ENRIQUE:
Y en mi casa
por mi mayordomo queda.

INFANTA:
Cumpliéronse ya mis dichas.
Rey hice a mi esposo; vean
amor, ingenio y mujer
en su historia verdadera.

FIN DE LA COMEDIA